

Henry David Thoreau: su carácter y opiniones

Robert Louis Stevenson

I

El rostro enjuto, penetrante, de prominente nariz de Thoreau, incluso en un mal grabado de madera, proporciona algún atisbo de las limitaciones de su mente y carácter. Junto a su casi acritud de intuición, junto a su casi animal destreza de acción, no había nada de la gran e inconsciente genialidad de los héroes del mundo. No era complaciente, ni de maneras amplias, ni cortés, ni siquiera amable; sonreír era difícilmente su regocijo, o la sonrisa no era lo bastante grande para resultar convincente. En su naturaleza no había tierra baldía ni estercolero, sino que toda se mejoraba y apuntaba en una dirección. «No estaba preparado para ninguna profesión —dice Emerson—; nunca se casó; vivió solo; nunca fue a la iglesia; nunca votó; rehusó pagar impuesto alguno al Estado; no comía carne, ni bebía vino, ni conoció el uso del tabaco; y, aunque era un naturalista, nunca empleó el cepo o las armas. Cuando en la cena le preguntaban qué plato prefería contestaba: 'El siguiente'». Tantas superioridades negativas comenzaron a parecer presuntuosas. En sus últimas obras adoptó el hábito de censurar los pasajes humorísticos, bajo la impresión de que resultaban inferiores a la dignidad de su musa moral; y con ello vemos la presunción pública y confesa. Era «mucho más fácil», dice Emerson con agudeza, mucho más fácil para Thoreau decir *no* que *sí*; y esta es una característica que describe al hombre. Es una habilidad útil la de ser capaz de decir *no*; pero, seguramente, la esencia de la amabilidad consiste en decir *sí* cuando sea posible. Algo es imperfecto en el hombre que no se odia a sí mismo cada vez que se ve constreñido a decir *no*; y había mucho de imperfecto en este disidente nato. Casi estaba privado de debilidades; de ninguna tenía bastante para ser verdaderamente polar con la humanidad. No sería del todo uno de nosotros si lo llamáramos semidiós o semihombre, pues no le afectaba el sentimiento de nuestra flaqueza. Los héroes del mundo albergan todas las cualidades positivas, incluso aquellas que son vergonzosas, en el capaz teatro de sus disposiciones, y pueden vivir muchas vidas, mientras que un Thoreau sólo puede vivir una, y aun ésta únicamente con una perpetua previsión.

No era ascético, sino un epicúreo de la clase más noble; y fue suyo el gran mérito de ser feliz en lo que se propuso. «Amo mi destino en su corazón y en su corteza», escribió una vez; y, cuando se estaba muriendo, he aquí lo que dictó (pues parece que ya era demasiado débil para gobernar su pluma): «Me preguntáis en particular por mi salud. *Supongo* que no me quedan muchos meses por vivir, pero, desde luego, nada sé al respecto. Puedo decir que disfruto de la existencia tanto como siempre, y que nada me pesa». No a todos se les consiente aportar un testimonio tan claro de la dulzura de su destino, ni a cualquiera con coraje y sabiduría; pues este mundo es, en realidad, un doloroso e inquieto lugar de residencia, y la felicidad duradera, al menos para la propia consciencia, proviene sólo de nuestras entrañas. El contento y el éxtasis de vivir de Thoreau era, podríamos decir, como una planta que hubiese regado y cuidado con solicitud femenina, pues hay algo poco varonil, algo casi cobarde, en una vida que no se mueve con arrojo y libertad y que teme el tonificante contacto con el mundo. En una palabra, Thoreau fue un holgazán. No deseaba que su virtud llegara hasta sus semejantes, sino que se escurriera hacia un rincón y reservarla para sí mismo. Dejó todo por permitirse cierta indulgencia virtuosa. Es verdad que sus gustos eran nobles; que su pasión gobernante era mantenerse impoluto del contacto con el mundo y que todos sus lujos eran del mismo orden saludable que los baños fríos y levantarse temprano. Sin embargo, también un hombre puede ser fríamente cruel en la persecución del bien e incluso morboso al procurarse la salud. No tengo a mano el pasaje en que explica su abstinencia del té y el café, pero estoy seguro de retener correctamente el sentido. Es este: piensa que es una mala economía e indigno de un virtuoso sincero malograr el rapto natural de la mañana con esos turbios estimulantes; dejémosle ver el sol naciente y estará suficientemente inspirado para los trabajos del día. Esta puede ser una buena razón para abstenerse del té; pero cuando seguimos encontrando al mismo hombre, con los mismos o similares motivos, absteniéndose de casi todo aquello que sus vecinos usan inocente y plenteramente y, además, de los obstáculos y pruebas de la propia sociedad humana, reconocemos aquella valetudinaria falta de salud que es más delicada que la enfermedad misma. No necesitamos respeto por un estado de preparación artificial; la verdadera salud ha de ser capaz de mantenerse sin ella. Podemos imaginar que Shakespeare comenzara el día con un cuarto de cerveza y, sin embargo, que disfrutara del amanecer tanto como Thoreau y conmemorase su gozo en versos harto mejores. Un hombre que debe separarse de los hábitos de sus vecinos para ser feliz está en el mismo caso que quien precisa del opio para tal propósito. Lo que queremos ver es a alguien que pueda enfrentarse con el mundo, cumplir la tarea de un hombre y preservar, todavía, su gozo primero y puro de la existencia.

Las facultades de Thoreau eran de la misma mena que su apocamiento moral, pues todas ellas eran delicadezas. Podía guiarse a través de los bosques en la noche más oscura mediante el paso de sus pies. Podía coger a tientas de una vez una docena justa de lápices, medir las distancias con exactitud y estimar los contenidos cúbicos con la mirada. Su olfato era tan fino que podía percibir el hedor de las casas al pasar a su lado de noche; su paladar tan poco sofisticado que, como a un niño, le disgustaba el sabor del vino (quizás, por vivir en América, no hubiese probado ninguno que fuera bueno); y su conocimiento de la naturaleza era tan completo y curioso, que podía indicar la fecha, en un día o dos, por el aspecto de las plantas. En su trato con los animales, era el original del Donatello de Hawthorne. Sacaba a la marmota de su madriguera por la cola; el zorro perseguido venía a él en busca de protección; se vio a las ardillas silvestres anidar en su chaleco; hundía su brazo en un estanque y extraía un pez brillante y tembloroso, que permanecía luego sin temor en la palma de su mano. Había pocas cosas que no supiera hacer. Podía fabricar una casa, un bote, un lápiz o un libro. Era agrimensor, erudito, historiador de la naturaleza. Podía correr, caminar, escalar, patinar, nadar y manejar un bote. La menor ocasión le servía para resaltar su capacidad física; y un manufacturero, sólo con observar su destreza con una ventana de un vagón de ferrocarril, le ofreció un empleo. «El único fruto de vivir mucho —observa— es la habilidad para hacer mejor algo sin importancia». Sin embargo, tal era la exactitud de sus sentidos, tan vivaz era en cada fibra, que parece como si la máxima hubiera de ser corregida en este caso, pues Thoreau podía acabar casi todas las cosas con perfección inusual. Y acaso se mirase con aprobación cuando escribió: «Aunque la juventud, al cabo, crece con indiferencia, las leyes del universo no son indiferentes, *sino que recaen siempre en el lado de los más sensibles*».

II

Thoreau había decidido desde el principio, al parecer, llevar una vida de mejoramiento propio: la aguja no oscilaba como con las naturalezas más ricas, sino que indicaba firmemente el norte; y, donde veía juntos deber e inclinación, volvía toda su fuerza en esa dirección. Tropezó en el umbral con una dificultad común. En este mundo, a pesar de sus muchos aspectos agradables, incluso los más sensibles deben pasar por algún trabajo monótono para vivir. No es posible que dediques tu tiempo a estudiar y a la meditación sin aquello que, pintoresca pero felizmente, llamamos medios privados; sin ellos, un hombre debe esforzarse por ganarse su pan con tal servicio al público que el público se cuide de pagarle por ello; o, como a Thoreau le gustaba decirlo, Apolo debe servir a Admeto. Esta era, para Thoreau, una necesidad aun más

acre de lo que lo es para la mayoría: había en su naturaleza un amor a la libertad, una traza del hombre salvaje, que se rebelaba con violencia contra el yugo de la costumbre; y estaba tan impaciente por cultivarse y ser feliz en su propia compañía, que apenas consentía las interrupciones de la amistad. «*Son tales los compromisos conmigo mismo*, que no me atrevo a aceptar», escribió una vez en respuesta a una invitación (y la cursiva es suya). Marco Aurelio encontró tiempo para estudiar la virtud y, todavía, para dirigir los asuntos imperiales de Roma; pero Thoreau estaba tan ocupado en mejorarse, que debía pensárselo dos veces respecto a una visita matinal. ¡Imaginadlo, entonces, condenado durante ocho horas al día en alguna ocupación ajena y sin sentido! Le amilanaba la sola apariencia de lo mecánico en la vida; todo debía ser, en la medida de lo posible, suavemente espontáneo y espléndidamente progresivo. De este modo aprendió a fabricar lápices de plomo y, cuando había obtenido el certificado adecuado y sus amigos comenzaban a felicitarlo porque se hubiera establecido en la vida, anunció con calma que no volvería a fabricar otro. «¿Por qué debería hacerlo? —dijo—. No quisiera repetir lo que ya he hecho una vez». Pues cuando una cosa ha sido una vez hecha tan bien como precisa, ya no ofrece ningún interés para quien a sí mismo se mejora. Sin embargo, en años posteriores, y cuando fue necesario para sustentar a su familia, volvió pacientemente a este arte mecánico —un paso más que digno de sí mismo.

Los lápices parecen haber sido el primer experimento de Apolo al servicio de Admeto; pero siguieron otros. «He tratado escrupulosamente de administrar una escuela —escribe—, y he descubierto que mis gastos estaban en proporción, o más bien desproporcionados, con mis ingresos, pues estaba obligado a vestirme y a adiestrar, por no decir a pensar y creer, en consecuencia, y, por añadidura, he perdido mi tiempo. Como no enseñaba en beneficio de mis semejantes, sino solamente como medio de vida, resultó un fracaso. He intentado el comercio, pero he descubierto que llevaría diez años ponerse en camino en ello y que, para entonces, ya estaría, probablemente, camino del infierno». Nada, de hecho, puede superar su desdén por los llamados negocios. «La empresa entera de esta nación no ha sido ilustrada por pensamiento alguno —escribe—, ni es cálida por sentimiento; no hay nada en ella por lo que un hombre haya de dejar su vida, ni siquiera sus guantes». Y de nuevo: «Si nuestros mercaderes no fracasaran en su mayoría, y también los bancos, mi fe en las viejas leyes de este mundo se tambalearía. La afirmación de que noventa y seis de cada cien negocios quiebran es, quizás, el hecho más grato que las estadísticas han revelado». El deseo era, probablemente, el padre de estas palabras; pero hay algo de alentador en una aversión de clase tan genuina, vehemente como una venganza corsa y despectiva como Voltaire.

Descartados lápices, administración de la escuela y comercio uno tras otro, Thoreau, con un golpe de estrategia, cambió de posición. Vio el modo de conseguir comida y alojamiento prácticamente por nada; y Admeto nunca obtuvo menos trabajo de cualquier sirviente desde que comenzó el mundo. Su ambición consistía en ser un filósofo oriental; pero fue siempre un verdadero tipo yanqui de oriental. Incluso en la peculiar actitud que profesó respecto al dinero, su sistema de economía personal, como podríamos llamarlo, llevó a cabo una vasta cantidad de cálculo oriental y adoptó la pobreza como una parte de los negocios. Sin embargo, su sistema se basa en una o dos ideas que, según creo, se encuentran naturalmente en todos los jóvenes meditados y de las que sólo pueden ser despojados por los tíos de la ciudad. De hecho, algo esencialmente juvenil distingue los abrumadores embates de Thoreau contra la opinión corriente; como las preguntas acuciantes de un niño, dejan a los ortodoxos en una especie de agonía sin habla: saben que la cuestión carece de sentido, están seguros de que debe haber una respuesta, pero en modo alguno pueden encontrarla. Así ocurre con el sistema de economía de Thoreau: corta el asunto por un plano tan nuevo, que los argumentos aceptados dejan de ser aplicados; luego de haber boxeado durante años según una convención cortés, propia de gladiadores, he aquí a un agresor que no tiene escrúpulos en golpear por debajo de la cintura.

«El coste de una cosa —dice— es *la suma de lo que llamaré vida* que se requiere para ser intercambiada por ella, inmediatamente o a largo plazo». Suelo explicarme a mí mismo, acaso con más claridad, que el precio que hemos de pagar por el dinero se paga con la libertad. Entre estos dos modos, al cabo, el lector no dejará probablemente de encontrar una definición propia; y se sigue, de una manera u otra, que un hombre puede pagar muy caro por su subsistencia, dando, en los términos de Thoreau, su vida entera por ello, o, en los míos, entregando a cambio el conjunto de su libertad disponible y convirtiéndose en un esclavo hasta la muerte. Han de considerarse dos aspectos: la cualidad de lo que compramos y el precio que hemos de pagar por ello. ¿Quieres un salario de mil al año, de dos mil al año o de diez mil al año? ¿Y podrás soportar el que quieres? Es una cuestión de gusto; de ninguna manera es una cuestión de deber, aunque por lo común se suponga así. No hay, sin embargo, autoridad al respecto en parte alguna. No se encuentra en la Biblia. Es verdad que podríamos hacer una vasta cantidad de bien si fuéramos ricos, pero también es harto improbable, ni lo hacen muchos; y el arte de enriquecerse no sólo es muy distinto del arte de hacer el bien, sino que la práctica del primero no prepara en absoluto a un hombre para practicar el segundo. «El dinero podría prestarme un gran servicio —escribe Thoreau—; pero la dificultad estriba en que yo no aumento el número de mis oportunidades y, por tanto, no estoy preparado para que mis oportunidades se incrementen.» Es

una mera ilusión que, por encima de ciertos ingresos, los deseos personales queden satisfechos y dejen un amplio margen para el impulso de generosidad. Es difícil ser generoso, o cualquier otra cosa, salvo, quizás, miembro del parlamento, tanto con treinta mil como con doscientos al año.

Los gustos de Thoreau estaban bien definidos. Amaba ser libre, ser dueño de sus momentos y temporadas, complacerse con la mente más que con el cuerpo; prefería largas caminatas a copiosas cenas, sus propias reflexiones a la consideración de la sociedad y una vida tranquila, calmada, sin trabas, activa, entre los verdes árboles, a la aburrida faena de un banco. Siendo esta su inclinación, decidió gratificarla. Un hombre pobre debe ahorrar algo; él decidió ahorrarse su salario. «Una vez que un hombre ha conseguido aquellas cosas que son necesarias para la vida —escribe—, queda otra alternativa que la de obtener lo superfluo: *ahora puede aventurarse en la vida*, al comenzar su vacación de la más humilde faena». Thoreau encontró cobijo, cierta clase de vestido para su cuerpo y el necesario pan de cada día; aun esto lo consiguió de la manera más barata posible y, entonces, al comenzar su vacación de la más humilde faena, se dedicó a los filósofos orientales, al estudio de la naturaleza y a la obra de mejorarse.

La prudencia, que nos ordena fijarnos en la hormiga en busca de sabiduría y guardar para el día de enfermedad, no era favorita de Thoreau. Prefería otra virtud, cuyo nombre es tan impropio: la fe. Una vez que hubo asegurado las necesidades del momento, no consideró los posibles accidentes ni se atormentó con las inquietudes del futuro. No toleraba al hombre «que se aventura a vivir sólo con la ayuda de la compañía de seguros mutuos, que le ha prometido enterrarlo decentemente». Por su parte, prefirió confiarse un poco al mundo. «Podemos confiar sin peligro bastante más de lo que confiamos —dice—. ¡Cuánto no se hace por nosotros! ¿Y qué si hemos caído enfermos?» Y luego, con una estocada de sátira, describe a la humanidad contemporánea en una frase: «Todo el largo día de alerta, por la noche decimos involuntariamente nuestras oraciones y nos encomendamos a la flaqueza». No es probable que el público quede muy afectado por Thoreau, si pasa por alto las invectivas que este dirige a la religión que aquel profesa, y, sin embargo, corremos los mismos riesgos y respaldamos con nuestra propia prosperidad y la honradez de nuestros vecinos todo aquello de lo que somos dignos; y estremece pensar cuántos han de perder su apuesta.

En 1845, con veintiocho años, una edad en la que los más vivaces se inclinan, por lo común, a adaptarse al mundo, Thoreau, con un capital de algo menos de cinco libras y un hacha prestada, se adentró en los bosques hasta el Estanque de Walden y comenzó su nuevo experimento en la vida. Se construyó una morada y devolvió el hacha, dice con orgullo característico y primoroso, más afilada que cuando la pidió en préstamo; reclamó un pedazo de tierra,

Descartados lápices, administración de la escuela y comercio uno tras otro, Thoreau, con un golpe de estrategia, cambió de posición. Vio el modo de conseguir comida y alojamiento prácticamente por nada; y Admeto nunca obtuvo menos trabajo de cualquier sirviente desde que comenzó el mundo. Su ambición consistía en ser un filósofo oriental; pero fue siempre un verdadero tipo yanqui de oriental. Incluso en la peculiar actitud que profesó respecto al dinero, su sistema de economía personal, como podríamos llamarlo, llevó a cabo una vasta cantidad de cálculo oriental y adoptó la pobreza como una parte de los negocios. Sin embargo, su sistema se basa en una o dos ideas que, según creo, se encuentran naturalmente en todos los jóvenes mediatibundos y de las que sólo pueden ser despojados por los tíos de la ciudad. De hecho, algo esencialmente juvenil distingue los abrumadores embates de Thoreau contra la opinión corriente; como las preguntas acuciantes de un niño, dejan a los ortodoxos en una especie de agonía sin habla: saben que la cuestión carece de sentido, están seguros de que debe haber una respuesta, pero en modo alguno pueden encontrarla. Así ocurre con el sistema de economía de Thoreau: corta el asunto por un plano tan nuevo, que los argumentos aceptados dejan de ser aplicados; luego de haber boxeado durante años según una convención cortés, propia de gladiadores, he aquí a un agresor que no tiene escrúpulos en golpear por debajo de la cintura.

«El coste de una cosa —dice— es la suma de lo que llamaré vida que se requiere para ser intercambiada por ella, inmediatamente o a largo plazo». Suelo explicarme a mí mismo, acaso con más claridad, que el precio que hemos de pagar por el dinero se paga con la libertad. Entre estos dos modos, al cabo, el lector no dejará probablemente de encontrar una definición propia; y se sigue, de una manera u otra, que un hombre puede pagar muy caro por su subsistencia, dando, en los términos de Thoreau, su vida entera por ello, o, en los míos, entregando a cambio el conjunto de su libertad disponible y convirtiéndose en un esclavo hasta la muerte. Han de considerarse dos aspectos: la cualidad de lo que compramos y el precio que hemos de pagar por ello. ¿Quieres un salario de mil al año, de dos mil al año o de diez mil al año? ¿Y podrás soportar el que quieres? Es una cuestión de gusto; de ninguna manera es una cuestión de deber, aunque por lo común se suponga así. No hay, sin embargo, autoridad al respecto en parte alguna. No se encuentra en la Biblia. Es verdad que podríamos hacer una vasta cantidad de bien si fuéramos ricos, pero también es harto improbable, ni lo hacen muchos; y el arte de enriquecerse no sólo es muy distinto del arte de hacer el bien, sino que la práctica del primero no prepara en absoluto a un hombre para practicar el segundo. «El dinero podría prestarme un gran servicio —escribe Thoreau—; pero la dificultad estriba en que yo no aumento el número de mis oportunidades y, por tanto, no estoy preparado para que mis oportunidades se incrementen.» Es

una mera ilusión que, por encima de ciertos ingresos, los deseos personales queden satisfechos y dejen un amplio margen para el impulso de generosidad. Es difícil ser generoso, o cualquier otra cosa, salvo, quizás, miembro del parlamento, tanto con treinta mil como con doscientos al año.

Los gustos de Thoreau estaban bien definidos. Amaba ser libre, ser dueño de sus momentos y temporadas, complacerse con la mente más que con el cuerpo; prefería largas caminatas a copiosas cenas, sus propias reflexiones a la consideración de la sociedad y una vida tranquila, calmada, sin trabas, activa, entre los verdes árboles, a la aburrida faena de un banco. Siendo esta su inclinación, decidió gratificarla. Un hombre pobre debe ahorrar algo; él decidió ahorrarse su salario. «Una vez que un hombre ha conseguido aquellas cosas que son necesarias para la vida —escribe—, queda otra alternativa que la de obtener lo superfluo: *ahora puede aventurarse en la vida*, al comenzar su vacación de la más humilde faena». Thoreau encontró cobijo, cierta clase de vestido para su cuerpo y el necesario pan de cada día; aun esto lo consiguió de la manera más barata posible y, entonces, al comenzar su vacación de la más humilde faena, se dedicó a los filósofos orientales, al estudio de la naturaleza y a la obra de mejorarse.

La prudencia, que nos ordena fijarnos en la hormiga en busca de sabiduría y guardar para el día de enfermedad, no era favorita de Thoreau. Prefería otra virtud, cuyo nombre es tan impropio: la fe. Una vez que hubo asegurado las necesidades del momento, no consideró los posibles accidentes ni se atormentó con las inquietudes del futuro. No toleraba al hombre «que se aventura a vivir sólo con la ayuda de la compañía de seguros mutuos, que le ha prometido enterrarlo decentemente». Por su parte, prefirió confiarse un poco al mundo. «Podemos confiar sin peligro bastante más de lo que confiamos —dice—. ¡Cuánto no se hace por nosotros! ¿Y qué si hemos caído enfermos?» Y luego, con una estocada de sátira, describe a la humanidad contemporánea en una frase: «Todo el largo día de alerta, por la noche decimos involuntariamente nuestras oraciones y nos encomendamos a la flaqueza». No es probable que el público quede muy afectado por Thoreau, si pasa por alto las invectivas que este dirige a la religión que aquel profesa, y, sin embargo, corremos los mismos riesgos y respaldamos con nuestra propia prosperidad y la honradez de nuestros vecinos todo aquello de lo que somos dignos; y estremece pensar cuántos han de perder su apuesta.

En 1845, con veintiocho años, una edad en la que los más vivaces se inclinan, por lo común, a adaptarse al mundo, Thoreau, con un capital de algo menos de cinco libras y un hacha prestada, se adentró en los bosques hasta el Estanque de Walden y comenzó su nuevo experimento en la vida. Se construyó una morada y devolvió el hacha, dice con orgullo característico y primoroso, más afilada que cuando la pidió en préstamo; reclamó un pedazo de tierra,

donde cultivó habas, guisantes, patatas y maíz dulce. Tenía su pan para cocer, su campo para arar y durante seis semanas, en verano, trabajaba de agrimensor, de carpintero o ejercía otra cualquiera de sus numerosas destrezas a sueldo. Durante más de cinco años, esto fue todo lo que requirió para su sustento y tenía el invierno y la mayor parte del verano a su disposición. Por seis semanas de ocupación, algo de cocina y de moderada e higiénica jardinería, podría decirse, había robado prácticamente su subsistencia. Aun habríamos de conceder que lo hizo mejor; pues el ladrón está continua y enojosamente ocupado; e incluso quien hereda por nacimiento un millón tendrá su tiempo más ocupado que Thoreau. Bien podía decir: «Lo que la gente acostumbra a decirte que no puedes hacer, inténtalo y descubrirás que puedes». Y qué sorprendente es su conclusión: «Estoy convencido de que *mantenerse en esta tierra no es una penuria, sino un pasatiempo*, si queremos vivir sencilla y sabiamente; *como los propósitos de las naciones más sencillas son aún los juegos más artificiales*».

Cuando tuvo bastante de aquella clase de vida, mostró la misma sencillez en dejarla que en haberla comenzado. Algunos podrían haber hecho lo primero, pero, vanidad aparte, no lo segundo. Thoreau, sin embargo, no convirtió en fetiche su propio ejemplo e hizo con firmeza lo que quería. Cinco años es tiempo suficiente para un experimento y para probar el resultado del yankismo transcendental. No es su frugalidad lo que merece destacarse, pues, para empezar, era innata y, en consecuencia, inimitable por quienes están constituidos de manera diferente; ni siquiera era algo nuevo, sino que con frecuencia había sido emulada por pobres estudiantes escoceses en las universidades. El punto es la cordura de su perspectiva de la vida y la intuición con que reconoció la posición del dinero y resolvió el problema de la riqueza y la subsistencia. Aparte sus excentricidades, percibió y se guió por una verdad de aplicación universal. El dinero participa con dos caracteres diferentes en el esquema de la vida. Cierta cantidad, diversa con el número y el imperio de nuestros deseos, es necesaria para cada uno de nosotros según el orden presente de la sociedad; pero, más allá de esa cantidad, el dinero es una comodidad que ha de comprarse o no comprarse, un lujo que podemos consentirnos o prohibirnos, como cualquier otro. Y hay muchos lujos que legítimamente podemos preferir al dinero, como una consciencia limpia, una vida en el campo o la mujer de nuestra inclinación. Por gastada, llana y obvia que pueda parecer esta conclusión, sólo tenemos que mirar alrededor de nuestra sociedad para ver que apenas ha sido reconocida; y acaso nosotros mismos, luego de una breve reflexión, decidamos gastar algo menos en dinero y permitarnos algo más en el artículo de la libertad.

III

«Haber hecho algo con lo que sólo has ganado dinero —dice Thoreau— es ser (haber sido, quiere decir) ocioso y peor». Hay dos pasajes en sus cartas, ambos, por extraño que parezca, relativos a la leña, que han de ser aducidos juntos para entenderlos correctamente. Tomados así, contienen entre los dos la médula de todo buen sentido sobre el asunto del trabajo, en su relación con algo más amplio que la mera subsistencia. Aquí está el primero: «Estimo que he consumido un árbol de buena talla esta noche, ¿y para qué? Llegué a un acuerdo con el señor Tarbell hace unos días para lograrlo; pero este no fue el pago final. Fue barato conseguirlo. Al final alguien dirá: 'Veamos, ¿cuánta madera ha quemado, señor?' Y tiemblo al pensar que la siguiente cuestión será: '¿Qué hizo usted mientras se calentaba?'». Incluso después de haber llegado a un acuerdo con Admeto en la persona del señor Tarbell, surge, como se ve, una pregunta ulterior. No basta con habernos procurado la subsistencia. O la ganancia misma ha debido ser útil a la humanidad, o habrá de seguirle algo más. Vivir es, en ocasiones, muy difícil, pero nunca es de suyo meritorio; y debemos tener una razón que alegar en nuestra propia consciencia de por qué hemos de continuar existiendo sobre esta tierra tan poblada. Si Thoreau hubiera simplemente vivido en su casa de Walden, amante de los árboles, los pájaros, los peces y el aire libre y la virtud, lector de sabios libros, ocioso, egoísta mejorador de sí mismo, se las habría arreglado para engañar a Admeto; pero, para seguir con la metáfora, el diablo lo habría encontrado al final. Aquellos que pueden evitar por entero el trabajo monótono y vivir en la Arcadia de los medios privados, e incluso aquellos que pueden, por abstinencia, reducir la cantidad necesaria de tal trabajo a seis semanas al año, sólo tienen, al gozar de más libertad, la más elevada obligación de ser capaces de emplearla en interés del hombre.

El segundo pasaje es éste: «Hay un calor mucho más importante y cálido, por lo común olvidado, que precede a la quema de la madera. Es el humo de la industria, que es incienso. Me he calentado tan escrupulosamente en cuerpo y espíritu, que, cuando mi combustible fue por fin almacenado, estuve a punto de vendérselo al recogedor de cenizas, como si hubiera extraído todo su calor». La industria es, en sí misma y cuando ha sido debidamente escogida, deliciosa y de provecho para el trabajador; y cuando tu afán ha sido un placer, no sólo, como dice Thoreau, «has ganado dinero», sino dinero, salud, deleite y provecho moral, todo en uno. «Debemos amontonar una gran pila de acciones para un reducido diámetro de ser», dice en otro lugar; y luego exclama: «¡Qué admirablemente está constituido el artista para lograr su propia cultura mediante la devoción a su arte!». Podemos escapar de las faenas que nos resultan ajenas, sólo para dedicarnos a aquello con lo que

congeniamos. Sólo para llevar a cabo un negocio más elevado se atrevería Apolo a hacerse el haragán delante de Admeto. Todos debemos trabajar por el trabajo; todos debemos trabajar, como dice de nuevo Thoreau, en cualquier «ocupación absorbente, no importa cuál si es honrada». El trabajo más provechoso, sin embargo, es aquel que combina en un esfuerzo continuado la mayor proporción de los poderes y deseos de la naturaleza del hombre; aquel al que se arroje con ardor y del que desista con reluctancia; en el que conozca el peso del cansancio, pero no el de la saciedad; y que sea siempre fresco, agradable y estimulante para su gusto. Un trabajo así mantiene al hombre íntegro, abrazado en todos sus lados, sin peligro de que se adormezca o distraiga; lo mantiene activamente consciente de sí mismo, pendiente, todavía, de intereses superiores; le proporciona el provecho de la industria con los placeres de un pasatiempo. Esto es lo que su arte debe ser para el artista verdadero y lo que es, en un grado desconocido, en otras ocupaciones menos íntimas. Otras profesiones, en efecto, se apartan del negocio humano de la vida; pero un arte tiene su asiento en el centro de las acciones y sufrimientos del artista, concierne directamente a sus experiencias, le enseña las lecciones de su propia fortuna y percances y se convierte en una parte de su biografía. De este modo dice Goethe:

Spät erklingt was früh erklang;
Glück und Unglück wird Gesang.

[Tarde resuena lo que temprano resonó;
Ventura y desventura serán el canto.]

El arte de Thoreau era la literatura y era un arte que había concebido ambiciosamente. Amaba y creía en los buenos libros. Dijo: «La vida no puede verse, en general, desde ninguna otra plataforma tan sincera y falta de exageración como a la luz de la literatura». La literatura que amaba, sin embargo, era de orden heroico. «Libros que no nos ofrezcan un regocijo cobarde, sino en los que cada pensamiento sea de un atrevimiento inusual; tales que no pueda leerlos un hombre ocioso y que no entretengan al tímido, que incluso resulten peligrosos para las instituciones existentes: he aquí lo que yo llamo buenos libros». ¡No pensaba que fueran sencillos de leer! «Los libros heroicos —dice—, incluso impresos con los caracteres de nuestra lengua natal, serán siempre un lenguaje muerto para los tiempos degenerados; y deberemos buscar laboriosamente el significado de cada palabra y cada línea y conjeturar, en un sentido más amplio de lo que consiente el uso común, qué sabiduría y valor y generosidad poseemos». Tampoco supone que tales libros fueran fáciles de escribir. «La gran prosa, de elevación igual, merece nuestro respeto más que los grandes versos —dice—, puesto que implica una altura más

permanente y equilibrada, una vida más atenta a la grandeza del pensamiento. El poeta, con frecuencia, sólo irrumpe, como los partos, y se retira luego, disparando mientras retrocede; pero el escritor en prosa conquista como un romano y funda colonias». Podemos preguntarnos, casi desalentados, si tales libros no existen en absoluto sino en la imaginación del estudiante, pues el grueso de los mejores libros ha de ser compensado con lastre, y aquellos en los que la energía del pensamiento se combina con la grandeza de la ejecución pueden contarse con los dedos. Mirando en torno en inglés en busca de un libro que respondiera a las dos exigencias de Thoreau, de un estilo como el de la poesía y un sentido que fuera a la vez original e inspirado, encuentro la *Areopagitica* de Milton, sin que, por el momento, pueda mencionar otro ejemplo. Dos cosas, al menos, están claras: que si un hombre no quiere condescender sino a los lugares comunes en el camino de la lectura, no ha de procurarse una gran biblioteca; y que, si se propone escribir en una vena semejante, encontrará su trabajo perfilado.

Thoreau componía, al parecer, mientras caminaba, o, al menos, ejercicio y composición estaban íntimamente unidos en él, pues sabemos que «la extensión de su paseo constituía uniformemente la extensión de su escritura». Habla en cierto lugar de «sencillez y vigor, los ornamentos del estilo», lo cual es demasiado paradójico para ser comprensivamente verdadero. En otro señala: «En cuanto al estilo de escribir, si alguien tiene algo que decir se desprenderá de él simplemente como una piedra cae al suelo». Hemos de meditar profundamente el sentido de la frase «si alguien tiene algo que decir». Cuando la verdad brota de un hombre, adecuadamente vestida con el estilo y sin esfuerzo consciente, es porque el esfuerzo se ha llevado a cabo y la obra prácticamente terminado antes de que se sentara a escribir. Sólo a causa de la plenitud de pensamiento la expresión se desprende como un fruto maduro; y, cuando Thoreau escribía tan imperturbablemente en su escritorio, era porque había estado vigorosamente activo durante su paseo. Ni la claridad, ni la comprensión, ni la belleza del lenguaje acuden a ninguna criatura viviente sino después de una laboriosa y prolongada relación con el asunto en cuestión. Los escritores sencillos son aquellos que, como Walter Scott, escogen contentarse con un grado menor de perfección que se acompasa legítimamente con sus poderes. Hemos oído hablar de Shakespeare y de la claridad de sus manuscritos; pero la evidencia del estilo y de las diversas ediciones de *Hamlet* prueban solamente que los señores Hemming y Condell no estaban familiarizados con el fenómeno tan corriente de una copia en limpio. Quien quiera refundir una tragedia ya ofrecida al mundo, habrá de revisar, con frecuencia y seriamente, los detalles en estudio. El propio Thoreau, y a pesar de sus protestas, es un ejemplo de investigación, incluso extremada, en una dirección; y su esfuerzo para lograr una ejecución heroica no lo prueba sólo

el fin circunstancial, sino la decidida exageración de su estilo. «Confío en que te habrás dado cuenta de lo exagerado que soy, de que me esfuerzo en exagerar», escribe. Y, de nuevo, aludiendo a la explicación: «¿Quién, que haya oído un acorde de música, no temerá hablar extravagantemente después?». Y una vez más, en su ensayo sobre Carlyle, y esta vez con el significado a punto: «Ninguna verdad, pensamos, fue jamás expresada con esta suerte de énfasis, de modo que a la época le pareció que no hubiera otra». Así, Thoreau fue un escritor exagerado y parabólico, no porque amara la literatura oriental, sino por el deseo de que la gente entendiera y se diera cuenta de lo que estaba escribiendo. Se acercó a la verdad acerca de la cuestión general; pero en su método particular, me parece, erró. La literatura no es un arte menos convencional que la pintura o la escultura; y es, de las tres, la que menos nos impresiona, así como la más comprehensiva. Escuchar un acorde de música, contemplar a una hermosa mujer, un río, una gran ciudad o una noche estrellada bastan a que el hombre desespere de sus lilliputianas dotes de lenguaje. Para obtener aquel énfasis que parece que nos haya sido denegado por la misma naturaleza del medio, el método adecuado de la literatura es la selección, que es una clase de exageración negativa. Es el derecho del artista literario, como Thoreau apuntaba, abandonar lo que no sirva a su propósito. De esta manera extraemos el oro puro; y así la historia bien escrita de una noble vida llega a ser, por sus mismas omisiones, más conmovedora para el lector. Ir más allá, sin embargo, y, como Thoreau, exagerar adrede, es apartarse de la más sensata tradición clásica y poner en guardia al lector. Cuando escribes todo para decir la mitad, no expresas tu pensamiento con más eficacia, sino que sólo pones de manifiesto un pensamiento diferente que no es tuyo.

La verdadera preocupación de Thoreau era la persecución del mejoramiento propio, combinada con una inaccesible crítica de la vida corriente en nuestras sociedades; es aquí donde manifiesta la fresca y sorprendente mordacidad de su inteligencia; es aquí donde su estilo llega a ser sencillo y vigoroso y, en consecuencia, de acuerdo con su propia fórmula, ornamental. Sin embargo, no se atreve a seguir esta vena solamente, sino que debe introducirla de paso en libros de propósito distinto. *Walden, o la vida en los bosques*, *Una semana en los ríos Concord y Merrimack*, *Los bosques de Maine*, tales son los títulos que adopta. Recordaba, probablemente, por su delicada percepción crítica, que el procedimiento verdadero de la literatura es la narración: en la narrativa razonada, y sólo en ella, este arte disfruta de todas sus ventajas y padece menos con sus defectos. Un seco precepto y disquisiciones sin cuerpo, que sólo pueden ser leídas con un esfuerzo de abstracción, no podrán nunca proporcionar una impresión perfectamente acabada ni perfectamente natural. La verdad, incluso en literatura, ha de ser vestida con carne y sangre, o no podrá contar su historia entera al lector. De

aquí el efecto de la anécdota en las mentes sencillas; y de aquí que las buenas biografías y los trabajos de arte elevado e imaginativo no sean sólo más entretenidos, sino, todavía, más edificantes que los libros de teoría o precepto. Thoreau no podía, sin embargo, vestir sus opiniones con el atuendo del arte, pues no era ese su talento; pero quiso obtener la misma amplitud de espacio para sí mismo y ofrecer un reposo semejante a sus lectores, mezclando sus pensamientos con los recuerdos de la experiencia.

Era, además, un amante de la naturaleza. La cualidad que podríamos llamar misterio en una pintura y que pertenece, de manera tan particular, al aspecto del mundo externo y a su influencia sobre nuestros sentimientos, era una cualidad que nunca se cansó de intentar reproducir en sus libros. El significado semejante de las apariencias de la naturaleza, su extrañeza diversa con los sentidos y la conmovedora respuesta que evocan en la mente del hombre, le sorprendían y estimulaban de continuo su espíritu. Le parecía, creo, que si pudiéramos escribir lo suficientemente cerca de los hechos y, sin embargo, no con una calma pedestre, sino ardientemente, podríamos transferir directamente el esplendor de la realidad a nuestras páginas; y que, una vez fuera esto captado y expresado, una nueva e instructiva relación podría aparecer entre el pensamiento del hombre y los fenómenos de la naturaleza. Esta fue el águila que persiguió durante toda su vida, como un escolar con un cazamariposas. Escuchemos lo que le dice a un amigo: «Déjame sugerirte un tema: explicarte a ti mismo, precisa y completamente, lo que el paseo por las montañas significa para ti, volviendo a este intento una y otra vez hasta que quedes satisfecho de que contiene todo lo que fue importante en tu experiencia. No supongas que puedas decírtelo con precisión en la primera docena de ocasiones en que lo intentes, pero persiste; especialmente cuando, tras una pausa suficiente, sospeches que estás tocando el corazón o el techo de la materia, reitera tus esfuerzos y date una razón de la montaña. La historia no necesita ser larga, pero llevará mucho tiempo hacerla corta». Este era el método, impropio de un hombre cuyos significados habían de «desprenderse de él como una piedra cae al suelo». Acaso la obra más lograda que Thoreau haya llevado a cabo en esta dirección se encuentre en los pasajes dedicados a la pesca en la *Semana*. Son memorables por una vívida sinceridad de impresión y una feliz adecuación de lenguaje, no superada con frecuencia.

Cuanto Thoreau trató de hacer fue intentado con una prosa hermosa y regular, con sentencias sólidamente construidas y sin ayuda de ritmos bastardos. Además, hay una progresión —no puedo llamarlo progreso— en su obra hacia un nivel cada vez más estrictamente prosaico, hasta hundirse en la trivialidad de lo inculto. Emerson recuerda haberle señalado a Thoreau: «¿Quién no querría escribir algo que todos pudieran leer, como *Robinson Crusoe*? ¿Y quién no descubre con pesar que su página no ha sido concebida

con el debido procedimiento materialista que deleita a todos?». Debo decir, al paso, que no es el debido procedimiento materialista lo que deleita al mundo en *Robinson*, sino el interés romántico y filosófico de la fábula. El mismo procedimiento ofrece lo contrario del deleite cuando se aplica, en el *Coronel Jack*, al gobierno de una plantación. No puedo, sin embargo, dejar de sospechar que Thoreau fuera influido por esta misma advertencia o por otra de significado muy parecido. Comenzó a incurrir cada vez más en un detallado procedimiento materialista; se obstinaba en los temas como quien ha de hacer un libro de manual; no sólo registraba lo que había sido importante en su experiencia, sino lo que podría haber sido importante en la experiencia de cualquiera; no sólo lo que le había afectado, sino todo lo que había visto u oído. Su ardor había menguado, o acaso fuera inconsistente con el debido procedimiento materialista para manifestar las emociones que había sentido; y, para terminar el extraordinario cambio, decidió, por un sentido de dignidad moral, arrancar de estas obras tardías la redentora cualidad del humor. No era uno de aquellos escritores que aprenden, en sus propias palabras, «a despojarse de su estupidez». Inflige al lector toda aquella de la que es capaz en libros tales como *El cabo Cod* o *El yanqui en Canadá*. De este último confesó que no se había propuesto dejar mucho de sí mismo en él. El cielo sabe que no lo hizo, ni tampoco, esperamos, en Canadá. «Nada —dice en alguna parte— puede trastornar a un valiente salvo la estupidez». Hay pocos lugares, en efecto, que trastornen más al valiente que las páginas de *El yanqui en Canadá*.

No hay sino tres libros suyos que se leerán con gran placer: la *Semana*, *Walden* y la colección de sus cartas. De su poesía, las palabras de Emerson nos bastan, tan aguda y delicadamente dichas: «El tomillo y la mejorana no son aún la miel». En ella, como en su prosa, confiaba demasiado en la buena voluntad del lector y escribía todo con fe. Es un acto de fe suponer que entiendan muchos el significado de la mejor de sus obras, o que cualquiera se regocije con la seca crónica de la peor. «Sin embargo —dice—, los dioses no escuchan ningún sonido rudo o discordante, como aprendemos del eco; y sé que la naturaleza a la que arrojo estos sonidos es tan rica, que modulará de nuevo y mejorará maravillosamente mi más rudo acorde».

IV

«¿Qué significa el hecho —exclama— de que un alma que ha perdido toda esperanza en sí misma pueda inspirar en otra alma que esté escuchando tal confianza en ella, incluso cuando expresa su desesperación?» La pregunta es un eco y una ilustración de las últimas palabras citadas y constituyen la clave de sus pensamientos sobre la amistad. Nadie más, que yo conozca, ha hablado con espíritu tan alto y justo de las relaciones amables, y dudo que sea

un inconveniente que estas lecciones provengan de alguien, en tantos aspectos, tan inadecuado para ser un profesor en esta especialidad. La misma frialdad y egoísmo de sus vínculos le dieron una intuición más clara de las bases intelectuales de nuestra tolerancia cálida y mutua; y el testimonio de su valor proviene, con fuerza añadida, de alguien que fue solitario y que carecía de obligaciones y de quien un amigo señaló, con tanto ingenio como sabiduría: «Amo a Henry, pero no me gusta».

Difícilmente podía persuadirse de que distinguiera entre el amor y la amistad; en tal enrarecido y congelado aire, en las cimas de la montaña de la meditación, se había enseñado a sí mismo a respirar. Era, de hecho, un observador demasiado agudo para no haber observado que «existe un desinterés y liberalidad naturales» entre hombres y mujeres; sin embargo, pensaba, «la amistad nada tiene que ver con el sexo». Acaso haya un sentido en que las palabras sean verdaderas, pero fueron pronunciadas con ignorancia; y acaso planteemos la cuestión de una manera más correcta si llamamos amor al establecimiento de un grado de amistad más íntimo y libre de lo que podría serlo sin éste. Pues existen delicadezas, eternas entre personas del mismo sexo, que se disipan y desaparecen en la calidez del amor.

A ambos, si han de ser justos, atribuye Thoreau la misma naturaleza y condición. «No somos lo que somos —dice—, ni tratamos o estimamos a los demás como tales, sino por lo que somos capaces de ser». «Un amigo es quien incesantemente nos hace el cumplido de esperar de nosotros todas las virtudes y puede apreciarlas en nosotros». «El amigo no pide a cambio sino lo que su amigo quiera religiosamente aceptar y soportar, sin que le pese la apoteosis que hace de él.» «El mérito y la preservación de la amistad consisten en que tiene lugar en un nivel más alto de lo que los caracteres reales de las partes podría parecer que garantizan». Esto es, en realidad, poner la amistad en un pedestal y, sin embargo, la raíz de la cuestión está aquí; y la última frase, en particular, es como una luz en un lugar oscuro y vuelve sencillos muchos misterios. Somos diferentes con diferentes amigos; sin embargo, si miramos de cerca, descubriremos que cada una de estas relaciones reposa en cierta apoteosis particular de nosotros mismos. Con cada amigo, aunque no podamos distinguirla con palabras de otra, tenemos, al menos, una reputación especial que preservar; y por esta razón corremos, cuando estamos mortificados, hasta nuestro amigo o hasta la mujer que amamos, no para escuchar que somos mejor considerados, sino para ser mejores hombres en realidad. Buscamos esta sociedad para embellecernos con nuestra buena conducta. Toda falsedad en la relación, cualquier entendimiento incompleto o pervertido, en consecuencia, mermará incluso el placer de tales encuentros. Así, dice de nuevo Thoreau: «Sólo los amantes conocen el valor de la verdad». Y otra vez: «Piden palabras y hechos, cuando una relación verdadera es palabra y hecho».

Esto implica, sin embargo, que, puesto que ninguno es tan bueno como el otro espera y cada uno está, honradamente, interpretando un papel con sus talentos, tal relación haya de ser decepcionante para los dos. «Podemos decir adiós antes que quejarnos —dice Thoreau—, pues nuestra queja tiene demasiado fundamento para que la pronunciemos». «No tenemos tanto derecho a odiar a alguien como a nuestro amigo».

Sería traicionar el amor nuestro
Y pecar ante Dios, que está en lo alto,
Quitar la sola tilde
De un odio tan puro como imparcial.

El amor no es ciego, ni perdona. «¡Oh sí, créeme —como dice la canción—, el Amor tiene ojos!». Cuanto más estrecha es la intimidad, más sarcásticamente sentimos la falta de dignidad de aquellos a los que amamos; y, porque amamos a uno, y moriríamos por ese amor mañana, no olvidaremos, ni perdonaremos, la mala conducta del amigo. Si tienes falta de los defectos como persona, acude a aquellos que amas. No te lo dirán, pero lo saben. Y en ello radica el magnánimo coraje del amor, que mantiene este conocimiento sin alteración.

Se requiere acaso una personalidad fría y distante, como la de Thoreau, para reconocer y expresar esta verdad, pues un amor más humano convierte en asunto de honor ignorar aquellos defectos de los que es consciente. La perspectiva de Thoreau, sin embargo, es a la vez elevada y adusta. Carece de ilusiones; no abre más camino al amor que al odio, preservándolos a los dos con cuidado como valiosas curiosidades. Una representación de la vida tan calva, si puedo expresarme así, rara vez ha sido vista. Es un egoísta; no recuerda, o no juzga digno de señalar, que, en estas estrechas intimidades, en noventa y nueve de cada cien ocasiones nos decepciona nuestra miserable identidad, por una en que nos decepciona nuestro amigo; que somos nosotros quienes, con más frecuencia, parecemos indignos del amor que nos une; y que somos reprendidos por la conducta de nuestro amigo y, sin embargo, quedamos fortalecidos por un nuevo empeño. Thoreau es adusto, pedante y egoísta. Es provecho lo que busca en estas intimidades; provecho moral, desde luego, pero provecho, todavía, para sí mismo. Si quieres ser la clase de amigo que necesito, señala ingenuamente, «mi educación no puede prescindir de tu compañía». ¡Su educación, como si un amigo fuera un diccionario! Y, con todo esto, ni una palabra acerca del placer, o la risa, o los besos o cualidad alguna de la carne y la sangre. No es extraño, sin duda, que tuviera relaciones tan íntimas con los peces. Entendemos al amigo ya mencionado, cuando exclamaba: «Al cogerle del brazo, pensaba en seguida en haberme agarrado a la rama de un olmo».

En general, no experimentó sino un gozo truncado en sus intimidades. Dice que estuvo perpetuamente a punto de conseguir la vinculación que precisaba y que, sin embargo, nunca la logró. ¿Y qué otra cosa esperaba si no, con una frase feliz de Carlyle, «anidar en ella»? Desde luego, así ocurrirá siempre que pases para ver solamente un partido de *cricket*, e, incluso entonces, no por el placer de verlo sino con la previsión de mejorar, como si hubieras venido al partido de *cricket* para apostar. Su teoría era que la gente se veía entre sí con demasiada frecuencia, de manera que su curiosidad no era estimulada adecuadamente ni tenía nada nuevo que comunicar. La amistad, sin embargo, ha de ser algo más que una sociedad para mejorarse mutuamente; de hecho, ha de ser esto sólo de paso y, hasta cierto punto, inconscientemente. Si Thoreau hubiera sido un hombre, en lugar de una especie de olmo, habría percibido que apenas veía a sus amigos y cosechado beneficios desconocidos para su filosofía de una vinculación más asidua y sencilla. Podríamos recordarle sus propias palabras sobre el amor: «No deberíamos tener reservas; deberíamos ofrecernos íntegramente en este asunto. Sin embargo, los hombres carecen, en general, de la imaginación suficiente para emplearla con un ser humano, si no es para fabricar un barril». O leer a los filósofos orientales. No es la naturaleza de una ocupación rival; es el hecho de que tengas que ser un rival lo que impide la intimidad del amor. Nada se da por nada en este mundo; no puede haber amor verdadero, ni siquiera por tu parte, sin devoción. La devoción es el ejercicio del amor, mediante el cual este crece; pero si das demasiado de ese amor, si pagas el precio con una suficiente «suma de lo que llamamos vida», ¿por qué, entonces, ya sea con tu mujer o con un camarada, habrías de tener meses, e incluso años, de semejante vinculación sencilla, natural, agradable y, sin embargo, mejoradora, que hará del tiempo un momento y de la amabilidad una delicia?

El secreto de su retiro no reside en la misantropía, de la que no tiene traza, sino parte en su absorbente designio de mejoramiento y parte en las deficiencias reales de la vinculación social. No era tan estricto respecto a sus semejantes como intolerante respecto a los términos de su asociación. Podía prendarse de una persona por cualquiera de sus cualidades genuinas, como vemos por su admirable esbozo del leñador canadiense en *Walden*; pero no consentir, en sus propias palabras, en «parlotear débilmente y chapotear en el fango social». Le parecía, creo, que la sociedad era, precisamente, lo contrario de la amistad, en la que esta tiene lugar en un nivel más bajo de lo que los caracteres de cualquiera de las partes garantizan que esperemos. La charla de sociedad, incluso del más brillante de los hombres, es mucho menos de lo que conseguirás de él (como dicen los franceses) en pequeño comité. Y a Thoreau le faltaba genialidad; no tenía bastante de lo superficial, ni siquiera a su disposición. No podía entrar en un salón y, con la frase naval, «divisar» un ser humano

en aquel aburrido puerto, ni tenía la menor inclinación para la tarea. Sospecho que amaba los libros y la naturaleza tan cálida y estrechamente como amaba a sus semejantes —una melancólica y adusta degeneración del carácter humano.

«En cuanto a la disputa de la soledad y la sociedad», la resume así: «Toda comparación es impertinente. Es un ocioso descender a la llanura, en la base de la montaña, en lugar de ascender firmemente a la cima. ¿Por ventura te alegrarás de toda la sociedad que puedas llevar contigo? ¿Gozarás conmigo? Es el fardo de la canción. No es que amemos estar solos, sino que amamos encumbrarnos y, al ascender, la compañía es cada vez menos hasta que no queda nadie. Es el tribuno en el llano, un sermón en la montaña, o un éxtasis privado todavía más elevado. Usa toda la sociedad que quiera apoyarte.» Sin embargo, no será seguramente una opinión muy extravagante la de que es mejor dar que recibir, servir que usar a nuestros compañeros; y, sobre todo, donde no haya una cuestión de servicio por parte alguna, que es bueno disfrutar de su compañía como un hombre natural. Es curioso, y en ciertos aspectos desalentador, que un escritor pueda ser mejor corregido con sus palabras; y así, para concluir, he aquí otro pasaje de Thoreau que parece dirigido a sí mismo: «No seas demasiado moral; defraudarás parte de tu vida... *Todas las fábulas tienen su moraleja; pero el inocente disfruta con la historia*».

V

«La única obligación —dice— que tengo derecho a asumir es hacer en cualquier momento lo que considero justo». «¿Por qué habríamos de marchar al extranjero, ni siquiera cruzar la calle, para pedir consejo al vecino?» «Hay un vecino más cercano en nuestro interior, que incesantemente nos dice cómo deberíamos comportarnos. *Pero esperamos al vecino de fuera para decirnos falsedades, de una manera más sencilla*». «La mayor parte de lo que mis vecinos llaman bueno creo, en mi alma, que es malo». Ser lo que somos, y llegar a ser aquello que somos capaces de llegar a ser, es el único fin de la vida. «Cuando quedamos por detrás de nosotros mismos» es cuando «estamos condenados con los deberes y la negligencia de los deberes». «Amo lo salvaje no menos que lo bueno». Y dice de nuevo: «La vida de un hombre bueno apenas nos mejorará más que la vida de un pirata, pues las leyes inevitables parecen tan sencillas al infringirlas como al observarlas y (adviértase esto) *nuestras vidas se sustentan en un gasto casi idéntico de virtud de alguna clase*». Aun cuando fuera un presuntuoso, sería apropiado que pudiera anunciar una doctrina asombrosa. «En cuanto a hacer el bien —escribe en alguna parte—, es una de las profesiones saturadas. Además, lo he intentado bastante y, por extraño que parezca, me satisface que no convenga a mi constitución. Probablemente no abandonaría consciente y deliberadamente

mi particular vocación a hacer el bien que la sociedad me pide, a salvar el universo de la aniquilación; y creo que una constancia semejante en otra parte, pero infinitamente mayor, es todo cuanto hasta ahora lo ha preservado. Si alguna vez has de ser descubierto en alguna de estas filantropías, no dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace la derecha, pues no merece la pena saberlo». En otro lugar vuelve sobre este asunto y explica de este modo su sentido: «Si alguna vez le *hice* bien a algún hombre, desde luego fue algo excepcional e insignificante comparado con el bien o el mal que constantemente le hago por ser lo que soy».

Hay una ruda nobleza, como de rey bárbaro, en esta firme confianza en sí mismo y en la indiferencia a las necesidades, pensamientos y sufrimientos ajenos. No he encontrado un rasgo de piedad en el conjunto de sus obras. Esto era, en parte, resultado de la teoría, pues consideraba el mundo demasiado misterioso para ser criticado y, en conclusión, preguntaba: «¿Qué derecho tengo a apesadumbrar a quien no ha dejado de maravillarse?». Sin embargo, brotaba mucho más de una indiferencia y superioridad constitutivas; y Thoreau creció sano, sereno e inconsciente de los horrores de la vida, como un laurel en un campo de batalla. Por este defecto suyo falló al hacer justicia al espíritu de Cristo; pues, mientras podía recabar más significado de los preceptos individuales que cualquier grey de cristianos, concebía, sin embargo, la vida con una esperanza tan diferente y la veía con emociones tan diversas, que el sentido y propósito de la doctrina en conjunto parece haberle pasado o no haberle impresionado. Podía entender el idealismo de la visión cristiana, pero era tan despegadamente inhumano que no reconoció la intención humana y la esencia de tal enseñanza. Por eso se quejaba de que Cristo no nos hubiese dejado una regla que fuera adecuada y suficiente para este mundo, sin pararse en la naturaleza de la regla que había sido establecida, pues aquellas cosas de índole suficientemente inaceptable llegan, de un modo positivo, a ser inexistentes para la mente. Sin embargo, quizás apreciemos mejor el defecto en Thoreau comparándolo con el caso de Whitman. Pues el segundo, así lo creo, es el discípulo del primero; lo que Thoreau murmura con claridad, Whitman lo grita ruidosamente: es la misma doctrina, ¡pero con qué diferencia tan inmensa!; el mismo argumento, ¡pero llevado a una conclusión nueva! Thoreau rebosaba de humor hasta que a sí mismo se aconsejó perderlo, malogrando el principal derecho de nacimiento de un hombre sensato. Whitman, al respecto, parece haber sido enviado al mundo desnudo y sin vergüenza; y, sin embargo, por una extraña consumación, es la teoría del primero la que resulta árida, abstracta y adecuada para un claustro. De estas dos filosofías tan casi idénticas en el fondo, la primera persigue el mejoramiento propio (un perro salvaje y roñoso); la otra pertenece a la mañana, sana, seguidora de la ninfa Felicidad, robusta, alegre y

airosa. La felicidad, al menos, no es solitaria: disfruta al ser comunicada; ama a los demás, pues depende de ellos para su existencia; aprueba y refuerza todas las delicias que no son odiosas de suyo. Si vive para mil, no hace acepción de un sencillo pasaje humorístico; y, mientras el mejorador de sí mismo se queda en presuntuoso y, si no es de excelente constitución, puede, incluso, deformarse hasta parecerse a Obermann, la sola apariencia y el nombre de un hombre feliz respira una buena disposición de ánimo y nos ayuda a vivir a los demás.

En el caso de Thoreau, una exhibición tan grande de la doctrina requiere alguna contrapartida en el campo de la acción. Si no hubiera nada que hacer salvo construir una cabaña junto al Estanque de Walden, habríamos oído, en conjunto, demasiado de estas declaraciones de independencia. Que este hombre escribiera algunos libros no sirve, pues lo mismo se hace en una casa de los suburbios. Que se considerara feliz es acaso una excusa suficiente, pero resulta decepcionante para el lector. Podemos ser injustos, pero cuando un hombre desprecia el comercio tanto como la filantropía y tiene tan lóbregas perspectivas del bien que ha de apartarse de la humanidad para cultivarlas, no quedamos contentos sin cierta acción impresionante. No es culpa de Thoreau no haber sido martirizado; si la ocasión se hubiera presentado, habría hecho un buen final. Como tal, trató una vez de interferir en el curso del mundo; hizo una aparición práctica en el escenario de los hechos, y fue una aparición extraña, y extrañamente característica de la nobleza y excentricidad de este hombre. Se vio obligado a ella por su serena y radical oposición a la esclavitud de los negros. «Votar por lo justo no es hacer algo al respecto —observó—, sino expresar débilmente a los hombres tu deseo de que prevalezca». Por su parte, no quiso «reconocer en ningún momento la organización política de su gobierno, que es también el gobierno de los esclavos». Y añade: «No dudo en decir que aquellos que se llaman a sí mismos abolicionistas deberían en seguida, de modo efectivo, retirar su apoyo, en persona y propiedad, al gobierno de Massachusetts». Esto es lo que hizo: en 1843 dejó de pagar el impuesto por persona. Pagó el impuesto de caminos, pues dijo que deseaba ser tan buen vecino como mal súbdito; pero ningún impuesto por persona más al Estado de Massachusetts. Thoreau se había segregado y era un régimen por sí mismo; o, según lo explica con admirable sentido: «De hecho, declaro tranquilamente la guerra al Estado a mi antojo, aunque haré de ella el uso y sacaré la ventaja que pueda, como es usual en tales casos». Fue puesto en prisión; pero esto era parte de su propósito. «Bajo un gobierno que encarcela a cualquiera injustamente, el verdadero lugar de un hombre justo es la prisión. Sé bien que, si mil, si cien, si diez hombres a los que puedo nombrar, ay, si *un* hombre HONRADO, en el Estado de Massachusetts, *dejaran de tener esclavos*, y se retirasen de esta sociedad y fueran, en consecuencia, encerra-

dos en la cárcel del condado, esto supondría la abolición de la esclavitud en América. Pues no importa lo breve que parezca el principio; lo que se hace una vez bien, se ha hecho para siempre». Esta era su teoría de la desobediencia civil. ¿Y el resultado? Un amigo pagó el impuesto por él; continuó pagándolo año tras año después, y Thoreau quedó libre para caminar sin ser molestado por los bosques. Resultó un *fiasco*, pero a mí no me parece risible; incluso aquellos que se junten para reírse por un momento quedarían insensiblemente afectados por este raro ejemplo del horror de un buen hombre ante la injusticia. Podríamos calcular el valor de aquella prisión de una noche por encima de medio centenar de votantes en las siguientes elecciones, y, si Thoreau hubiera poseído tan gran poder de persuasión como (digamos) Falstaff; si hubiera tenido en cuenta algún partido, por pequeño que fuera; si su ejemplo hubiera sido imitado por un centenar o una treintena de compatriotas, no puedo sino creer que hubiera precipitado la era de la libertad y la justicia. Sentimos los delitos de nuestro país con escaso fervor, pues no somos testigos del sufrimiento que causan; pero, cuando vemos que despiertan un vívido horror en nuestros compatriotas, cuando vemos que un vecino prefiere yacer en prisión a estar, ni siquiera pasivamente, implicado en su perpetración, entonces, incluso el más estúpido de nosotros comienza a darse cuenta de ellos con un pulso más rápido.

No hace más de veinte años, cuando el capitán John Brown fue capturado en Harper's Ferry, Thoreau fue el primero en salir en su defensa. Los comités le escribieron unánimemente que su acción era prematura. «No envié a buscaros para pedir os consejo —les dijo—, sino para anunciaros que iba a hablar». He usado la palabra «defensa»; en realidad no trataba de defenderle, incluso declaró que sería mejor para la causa que muriese, sino que alabó su acción como yo creo que a Brown le habría gustado escuchar que se alabase.

Así, esta mente singularmente excéntrica e independiente, unida a un carácter de tanta fortaleza, individualidad y pureza, siguió su propio sendero de mejoramiento durante más de medio siglo, gimnosofista en parte, en parte un hombre rústico; y de esta manera llegó dos veces, aunque con una actitud subalterna, al campo de la historia política¹.

Versión de Antonio Lastra.

ROBERT LOUIS STEVENSON, *Henry David Thoreau: His Character and Opinions* (1880),
en *Familiar Studies of Men and Books* (1882).

The Works of Robert Louis Stevenson, Tusitala Edition, vol. XXVII,
William Heinemann, London 1924 (third impression), pp. 80-105.

¹ En muchos aspectos de este ensayo, entre los que mencionaría el incidente de la ardilla, estoy en deuda con *Thoreau: His Life and Aims*, de H.A. PAGE, o, como es más conocido, el Dr. Japp.